

Discurso oficial

pronunciado por el tipógrafo don José Ma. Arias P., con motivo de la fiesta del Mausoleo de los tipógrafos

Señores:

La Comisión encargada de llevar a cabo la construcción de este Mausoleo, me ha confiado el honoroso encargo de tomar la palabra en estos momentos solemnes, para dar, en nombre de ella y de la «Sociedad Tipográfica de Socorros Mutuos», las más expresivas gracias a todas las personas que noble y desinteresadamente, han contribuido para llevar a término feliz esta gran obra, y a todos vosotros por haberos dignado honrar este acto con vuestra asistencia.

La gran mayoría de los tipógrafos, aunque consagrada a ruda y constante labor, de día y de noche, no cuenta con una existencia fácil ni tiene ante sí un porvenir. Apenas le alcanza lo que gana para subvenir a sus diarias necesidades, y ve con tristeza oscuro y limitado su horizonte, en vez de claridades diáfanas que puedan alumbrar los años de la vejez.

Es la suerte del tipógrafo dar luz para vivir él en las tinieblas, dar alimento espiritual para carecer él de sustancia que nutra su parte física.—Y después de vivir congojosamente, y después de consumirse en tarea impropia, no contaba hasta hoy con que sus huesos descansarían para siempre en un mismo lugar, pues ellos podían ser aventados y dispersos cuando exigencias de cualquier naturaleza a ello obligaran a los enterradores.

Este último caso ya no tendrá razón de ser. Ahí tenemos todos asegurado un lugar de eterno descanso, donde juntos reposaremos, como juntos hemos vivido en la misma empeñosa tarea.

¿Pero a quién debemos este consuelo de hoy y esta esperanza de mañana? A un modestísimo pero distinguido compañero nuestro, que dolido de nuestra suerte sintió brotar de su cerebro la idea de hacer esta lujosa vivienda para los que vayan cayendo en la jornada de la vida. Este meritisimo amigo de todos nosotros se llama Gerardo Vega C. El fué quien concibió el proyecto que ahora vemos realizado, y al cabo de dieciséis meses de haberlo propuesto ahí está a nuestra vista la grande obra y de lujo con que no hubiéramos soñado jamás.

Todos debemos estar de plácemes y no olvidar ni por un momento que la sociedad entera de Costa Rica, ha contribuido con dinero para hacer la casa de nuestros muertos. ¡Bendito sea un país en que todas las ideas generosas encuentran apoyo! ¡Bendita sea una Sociedad como la nuestra en que siempre se manifiesta el desprendimiento para ayudar a los que sufren y trabajan!

Vaya también en este día de gozo para nosotros un recuerdo de gratitud para el ilustre inventor de la Imprenta, para Juan de Gutenberg, cuyas cenizas se sentirán conmovidas en esta hora con la fiesta que celebramos sus discípulos. Quizá su espíritu nos acompañe en este instante, y se recrea al ver que su descubrimiento sirvió para hacer huir aterrada la ignorancia, avergonzado el vicio, humilladas todas las tiranías, y en cambio, que se alzara radiante en todas las conciencias, la luz espléndidamente brillante de la Libertad.

Crónicas de Gómez Carrillo

La blusa del obrero y la levita del catedrático

Dos periodistas parisienses, Jorge Daniel y Pierre Jan, han tenido una idea pintoresca y filosófica — Vestido el primero de obrero y el segundo de catedrático, se han propuesto vivir un día, nada más que un día, sin un céntimo.

—Yo, me dice Daniel, me puse una blusa, me quité mi monóculo, empolvé mi pantalón, cambié mi chistera por una gorra, y a las siete de la mañana entré por la puerta de Versailles.

—Yo, me dijo Pierre Jan, me puse una levita muy larga, un sombrero de copa muy viejo, un pantalón muy corto, una corbata muy marchita, y a las siete de la mañana entré en la gran ciudad por la barrera de la Neuilly.

Hélos allí, pues, cada uno por su camino. Cada uno busca, a su modo, con sus medios y en su ambiente natural, el pan de un día. Cada uno tiene sus ideas, sus proyectos. En lo único en que ambos se parecen es en la voluntad firme de existir.

—Si se tratara de dar la vuelta al mundo, murmura Daniel sonriendo, es seguro que comeríamos perfectamente y que no beberíamos mal. Pero dar la vuelta a París sin un céntimo es más difícil.

Pierre Jan no dice nada. Sonríe, anda, sueña.

Y van paso a paso. El primero se detiene en las puertas de las casas y pregunta si pueden darle algún trabajo.

—Un baúl que llevar..., un trabajillo que hacer..., cualquier cosa..., es por necesidad....

Su cara franca y su lenguaje claro le atraen simpatías. En una taberna le llaman para que ayude al mozo a bajar un barril a la cueva. Le dan veinticinco céntimos y una copa. Más adelante un vendedor de corchos le pide «una mano» para sacar los hierros de una máquina de su caja.—A la hora del almuerzo, un cochero le dice:—Tén-

me mi caballo mientras voy al restaurant y te daré dos reales. A las tres de la tarde está abriendo las portezuelas de los automóviles ante el Palacio de Bellas Artes. Reuné tres francos en un par de horas. Y piensa que su bolsillo está lleno, que sus piernas están cansadas y que ya podría marcharse a su casa para descansar. Pero en ese momento su compañero Pierre Jan, aparece triste, taciturno, andando lentamente.

—¿Qué has hecho? le pregunta.

—¡Nada!

Y en efecto, el catedrático no ha hecho nada, nada. Ha ido de puerta en puerta, ofreciendo sus servicios, sin conseguir un céntimo.

Ha dicho:—Lo que quiero yo es comer. Dadme cualquier labor. Yo puede llevar un baúl, puedo hacer cualquier cosa.

Y la gente ha reído.—Y ha ido hacia los que llegaban en coche de lujo a la Magdalena y les ha abierto la portezuela. Le han saludado pero sin darle nada.

—No he conseguido, dice, ni un vaso de vino, ni un pedazo de pan. Tengo las piernas deshechas. Hay algo, además, que me duele en el alma.—Porque esas burlas contra mi levita larga, contra mi chistera vieja, no eran sino la expresión de un estado de espíritu general. Los que representan el estudio, son odiados o despreciados.

Daniel, mientras tanto, cuenta sus cuartos.

—Nueve francos, ochenta, murmura.

Luego dice:

—Es mi blusa, chico, la que los ha ganado. La blusa está de moda.—Ser obrero es tener un diploma de simpatía universal.

—Ser letrado es lo contrario—contesta Jan.

Y yo pienso que tal vez hay en este estado de cosas, algo que no es injusto como lo cree Pierre Jan.

PALABRAS SUELTAS

Las almas frívolas sólo encuentran placer en las relaciones sociales, en el ruido diario, en las vueltas vulgares de la ardidilla. Aisladas se marchitan, se mueren de hastío, como esas plantas que sucumben cuando les falta el beso de la luz solar. En cambio, el hombre fuerte de corazón y de ideas busca el aislamiento después del trabajo que le imponen sus necesidades, y así, solitario, lee o piensa intensamente.

Una mentalidad vigorosa encuentra mayores goces en el soliloquio íntimo del ocio que en las vaciedades mundanales.

—Del farrago de necesidades

que oímos diariamente, nos queda una humillante impresión de nuestra pequeñez. Y para librarse del peso de los convencionalismos, de la influencia de los juicios gastados, de las opiniones con marca de fábrica, no hay más remedio que encerrarse en las paredes del silencio, allá arriba, pero no con estériles egoísmos, sino con el propósito sano de cooperar con fe al lado de nuestros semejantes en una labor tenaz y provechosa de mejoramiento colectivo.—Para disfrutar del placer de las relaciones sociales, generalmente se engaña o se adula.

P. V.

Voces del Presidio

La Imprenta

Humilde trabajo dedicado a La Aurora Social con motivo de su desinteresada labor en favor de los desvalidos.....

No voy a hablaros de la imprenta considerada como arte, no voy a detenerme en su parte histórica, no pienso ocuparme de sus adelantos mecánicos ni de su perfeccionamiento material. Sólo voy a fijarme en el espíritu de esa divina invención, y en su invencible poder.

En la imprenta veo el alma, al ser, a la ciencia inmortalizando como un Dios de grandeza su propia obra; veo al espíritu como un centro de luz, como una corriente luminosa arrojando vivos destellos de resplandeciente intensidad que irradiando en todas direcciones van a encontrarse en el espacio con los reflejos de las inteligencias para formar esa atmósfera de felicidad sensible al alma cuando en sus deliciosas atracciones, se complace en aspirar el espiritual ambiente de la idea.

En la imprenta veo por fin, la escala por donde la humanidad se eleva en el perfeccionamiento de su estado, por donde el espíritu asciende lentamente a la compasión del desdichado si en ella se menciona el dolor. Parece un invento sencillo y cómodo para que el hombre transmita su palabra a sus semejantes. Vedla que en sí misma no parece que tenga más grandeza que la de economizar tiempo y paciencia conservando las ideas en sus caracteres; vedla en su aparente humildad, podría decirse que no tiene ni puede tener más valor que cualquier otro arte, y sin embargo, si nos fijamos en sus resultados, en sus consecuencias, en la misión que llena, en el propósito que cumple y en los bienes que realiza, defendiendo al caído y atacando al tirano que se complace en empujar al abismo al que se encuentra a la orilla del precipicio, ¡cuán grande es! ¡cuán bella se manifiesta! Es un arte, sí, pero es el arte que materializa la suerte que se le confía para dársela espiritualmente al que es humilde; es un arte, pero que inmortaliza al hombre por sus hechos y transmite sus glorias a la posteridad; un arte será, pero deshacedlo por un momento, anuladlo, siquiera sea para comprenderlo. Figuráos que deja de existir, que no hay imprenta.—¿Qué habrá pasado? La humanidad habrá perdido el órgano de su manifestación y no se oiría su eco por todos los ámbitos del planeta, ya su voz se habrá encerrado en el limitadísimo círculo de donde partió.

M. J. S. G.

San Lucas, octubre de 1913.

Buzón de "La Aurora Social"

R. C. A.—Alajuela.—Esos señores viven atados a la roca de todos los convencionalismos y como tienen intereses en peligro....